

La «aventura» de la Antropología

William Kavanagh
(Saint Louis University)

“La antropología es una profesión en que la aventura no juega ningún papel; sólo representa uno de sus gajes.”

-Claude Lévi-Strauss (Tristes Tropiques)-

En un artículo reciente, Davydd Greenwood¹ hace las siguientes afirmaciones: «El mundo no es culturalmente neutral hacia España», «Los Estados Unidos.... Gran Bretaña.... Francia.... Italia, Los Países Bajos, las repúblicas hispanoamericanas, todos han tenido intereses creados para denigrar a España y sus contribuciones culturales al mundo», y también que «actualmente todos estos países tienen intereses económicos para mantener una visión folklórica de España.... sol, arena, sexo y castillos». Tras pasar revista a varios de los más conocidos estereotipos acerca de España —conquistadores rapaces, la Inquisición, las tendencias fascistas—

¹ «Las antropologías de España: una propuesta de colaboración», publicado por primera vez en inglés en 1989 por la «Society for Spanish and Portuguese Historical Studies» y en español en la revista *Antropología* en 1992.

Greenwood concluye: «¡Qué fácil resulta situar todos los demonios del mundo en un país para luego exorcizarlos!» Pero si la Leyenda Negra fue un arma que usaron contra España sus enemigos políticos y comerciales, hoy es el día, dice Greenwood, que «estas perogrulladas sobre España las pronuncian los niños estadounidenses y latinoamericanos en la escuela, muchos de los cuales son incapaces de ubicar los Estados Unidos en un mapa del mundo».

Desde mi propia experiencia como profesor de antropología de universitarios españoles y norteamericanos en Madrid, puedo confirmar que estos estereotipos sobre España están vigentes en las mentes de los segundos. Durante los últimos años he pedido a los alumnos norteamericanos recién llegados a Madrid que hicieran un breve ejercicio de redacción en el que expusieran sus primeras impresiones de España contrastándolas con las ideas que previamente tenían sobre este país. No voy a divertir ni aburrir al lector con una relación de respuestas que a veces se asemejan a las descripciones que ya hacían de España algunos escritores y viajeros del siglo XIX, como las valoraciones del «atraso» de la sociedad española —que con frecuencia acaban con la observación de que «Spain has a long way to go» (España va muy atrasada)— y la importancia que se atribuye a la iglesia, los comentarios sobre la «inactividad» española (que acompaña al comentario invariable de que todos los españoles echan la siesta diariamente), la ineficacia en el funcionamiento de muchas cosas y la falta de seriedad absoluta en todo lo relativo a la administración del tiempo, etc, etc, etc. Pero de igual manera que existe una «Leyenda Negra» sobre España y los españoles, existe también una visión romántica, una «Leyenda rosa» (o «Blanca» como gusta de llamarla Mimi Kaprow) del folclorismo tópico y típico.

Carrie Douglass², al referirse al mensaje de «modernidad» que la Expo 92 de Sevilla había pretendido reforzar, decía que España entendida como Andalucía y que el ciudadano español entendido como torero, eran

² En su ponencia titulada «The Romantics' Conversation with 1992» presentada en la reunión de la American Anthropological Association celebrada en Washington en noviembre del año 1993 y dentro de la mesa que organizó Mimi Kaprow con el título *The Anthropologies of Spain*.

invenciones europeas, preguntándose si los extranjeros aún conservan estos estereotipos románticos del país. Por las respuestas que obtengo de alumnos norteamericanos que están estudiando temporalmente en España, yo diría que sí. Pero no es sólo la opinión de estos, recuerdo cómo una vez que regresé a Inglaterra después de haber comenzado mi trabajo de campo en España, el *reader* de antropología de la universidad de Oxford Godfrey Lienhart, me dijo: «¡Qué! pasándolo bien en Madrid, ¿eh?» insinuando que los antropólogos solo podrían estar en España pasándolo bien a base de vino y sol. La cuestión es saber si nosotros, los antropólogos que trabajamos en España, somos o no inmunes a estos puntos de vista

David Gilmore³ se refiere a los aspectos políticos que marcaron su decisión y la de otros antropólogos americanos de su generación a elegir España como punto de investigación, basándose en motivos personales relacionados con una previa identificación con «cierta representatividad heroica o causa noble» en la cual los judíos de la Europa nazi, los negros del sur de los Estados Unidos y los republicanos españoles se mezclarían constituyendo una metáfora de las aspiraciones de justicia de la gente común. Pero lo que más llama la atención de las manifestaciones de Gilmore es la sensación de que esta visión idealizada y romántica de España como morada espiritual se presenta contrastando agudamente con la realidad de la sociedad norteamericana. Dice Gilmore: «España parecía encarnar la pasión y el colorido que echaba de menos en el entorno monótono de mi barrio residencial», refiriéndose una y otra vez a «la blandura de mi entorno», «la blandura almibarada de la cultura americana», «nuestro entorno nos parecía tan trivial y tan banal al contraste». Pero Gilmore es bien consciente de que a sus colegas españoles no les gusta esta proyección de imágenes idealizadas del «noble salvaje». Confiesa que algunos hispanistas americanos han podido «servirse» de España por razones de necesidad personal aunque argumenta que esta implicación personal no solo es inevitable sino que conduce a una empatía genuina con el objeto de nuestro trabajo como personas.

³ En el mismo congreso de la AAA celebrada en Washington en una ponencia titulada: «The Romance of Spain in U.S. Scholarship».

Stanley Brandes⁴ dice algo muy similar cuando recuerda que después de haber pasado cinco años organizando manifestaciones contra la guerra de Vietnam cuando era estudiante en la Universidad de Berkeley, decidió hacerse antropólogo. Y escribe: «Mi escapada a España era casi un rito de purificación. Procuraba buscar un sitio remoto y alejado de la sucia guerra, donde la gente viviera una vida tradicional y pudiera olvidarme de la política norteamericana». Becedas, el pueblo de Avila donde finalmente se instaló, reunía las condiciones necesarias: las faenas del campo se hacían prácticamente sin maquinaria moderna, no había agua corriente, había un solo teléfono en todo el pueblo y un televisor instalado en el bar. Cuando los del pueblo vieron por esta «tele» la llegada de los astronautas a la luna y creyeron que aquello era ficticio, Brandes dice: «Esto me gustó. No estaban al tanto». Para Brandes, Becedas tenía «un aire pintoresco, exótico», por eso añade: «Si yo buscaba al Otro, Becedas lo era». Mucho de lo que él manifiesta me recuerda mi propia experiencia unos pocos años más tarde en la Sierra de Gredos: la carencia de agua corriente, la ausencia de alumbrado público —una de las imágenes más vivas que guardo de mis primeros tiempos de trabajo de campo consiste en las luces de las linternas que la gente llevaba en la mano para andar por el pueblo después del anochecer.

Pero conviene averiguar si sólo los extranjeros estamos expuestos a caer presos del «embrujo exótico» de España o será que el «embrujo exótico» del objeto de nuestra investigación es un elemento, de mayor o menor importancia, pero básico, de la motivación personal de todos los antropólogos. Escuchemos la siguiente descripción: «Hace ya años, en una mañana muy oscura y lluviosa, tuve mi primera vivencia de la plural geografía gallega: desde el solemne dorso de la majestuosa montaña del Cebrero descendí lentamente a la ciudad de Lugo, encerrada por murallas romanas, y de allí, sin prisas, observando el paisaje rasgado por hebras de verdes,

⁴ En su artículo «España como objeto de estudio: reflexiones sobre el destino del antropólogo americano en España» presentada en el simposio *Los españoles vistos por los antropólogos* organizado por María Cátedra en el verano de 1989 en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander y publicado por Júcar en 1991.

ocres y sienas que flotaban en la bruma, llegué al azul del mar de Ribadeo. Sin necesidad alguna de activar mi imaginación fui sorprendido por el contraste con la Castilla que dejaba detrás: la melodía topográfica gallega era inmensamente más sutil y variada; El espacio ancho, abierto castellano se deshilaba ahora en minúsculos ámbitos recortados por manchas de nogales, en breves volúmenes configurados por colinas cercanas y en espacios demarcados por riachuelos y por los distintos colores de los cultivos. Un pequeño lugar con casas de piedras centenarias, la modesta iglesia parroquial aislada, un par de viejos molinos en el fondo del valle, un calvero, el tojal y el prado interrumpían el paisaje para convocar y limitar otras tantas superficies menores con vida propia. Unas pocas vacas, un hombre cabalgando, un niño con unas ovejas, unas mujerucas en un sembrado pueblan y construyen espacios; hay en Galicia pocas distancias vacías». Estas palabras no fueron escritas por ningún norteamericano romántico ni por ningún británico embrujado por este país, sino por un español. Estas son las palabras con las que Carmelo Lisón introduce su presentación de *Antropología de un Viejo Paisaje Gallego* de José Antonio Fernández de Rota.

Por su parte, María Jesús Buxó⁵ también habla de su actitud romántica basada en fantasías infantiles sacadas de las películas del oeste y de las novelas de Zane Grey al enfrentarse con el trabajo de campo que llevó a cabo en el suroeste de los Estados Unidos. Según sus palabras: «entré en una fase de empatía acelerada... una excitación antropológica y humana que, por una parte contribuye a crear un estado psicológico similar al enamoramiento, capaz de aniquilar todos los pequeños motivos de irritación, como el calor, la fatiga o cualquier otra privación que en el propio país, resultaría intolerable permitiéndonos, además, seguir pistas interesantes y profundizar en el conocimiento de cómo ha sido esta gente considerada y cómo han reaccionado ante estas miradas consagradas por las palabras y el tiempo». Buxó saca la consecuencia de que «detrás de las leyendas blanca o negras y de los estereotipos se encuentra una parte importante de nuestros puntos de referencia culturales» y que el problema no reside en los

⁵ En su ponencia del congreso de la AAA en Washington titulada «Anthropological Sensibilities and Discourses».

estereotipos, sino en la «incapacidad para distinguir entre los estereotipos de una cultura y el prejuicio antropológico», señalando así que no tiene por qué ser siempre el académico no nativo el más cargado de prejuicios, planteando problemas de autenticidad nativa y de autoridad antropológica.

Algunos opinan que el hecho de que el antropólogo sea o no «nativo» tiene una importancia determinante a la hora de alcanzar conclusiones acertadas. Javier Escalera y Pablo Palenzuela⁶ hacen una serie de afirmaciones claramente discutibles al decir lo siguiente: «Consideramos que el estudio de la propia cultura es no solo tan adecuado como el de las ‘otras culturas’, sino que... ofrece muchas más posibilidades de profundización en el conocimiento de los sistemas socioculturales.... El pertenecer a la cultura estudiada se convierte así en una indudable ventaja para el antropólogo». La idea de que pertenecer a la cultura que se estudia es siempre ventajoso para el antropólogo es dudosa y el concepto mismo de «nativo» es en sí resbaladizo. Joseba Zulaica⁷ señala que no sólo es problemática la ubicación del punto de vista «nativo», puesto que casi siempre hay muchos puntos de vista nativos diferentes, sino que «postular que el accidente del nacimiento guarda en secreto la llave de nuestro conocimiento y de nuestra moral no tiene sentido».

Como sabemos, los antiguos griegos pensaban que el nacimiento no era nunca una cuestión accidental y aquí, en España, se considera que el lugar donde se ha nacido, la «naturaleza» de uno constituye una parte esencial de la identidad de cada cual. Esta idea se lleva a veces hasta extremos absurdos, como cuando la contraportada de un libro escrito por Gerald Brenan le calificaba de «maltés» por el simple hecho de haber nacido en Malta accidentalmente cuando su padre estuvo destinado en aquella isla durante un tiempo como miembro del ejército británico. En este sentido, Escalera y Palenzuela siguen este mismo criterio al abogar por una antropología ligada a la «naturaleza» del investigador, pero podríamos pregun-

⁶ En un artículo aparecido en la revista *Antropología*, número 3, octubre de 1992, titulado «Comentarios sobre la situación de la antropología en el Estado español».

⁷ En la misma reunión de Washington, en su ponencia «From Whose Point of View? The Problem of the Native».

tarnos como hace Dolores Juliano⁸: «¿Son extranjeros los antropólogos madrileños en el País Vasco o los Vascos en Madrid o los Andaluces en Cataluña?». Honorio Velasco⁹ también se refiere un tanto ironicamente «al supuesto de que sólo sea posible penetrar profundamente en el sentido de los comportamientos de una sociedad si se ha nacido, si se ha ‘mamado’ en ella o si se ha adoptado una actitud de compromiso vital con ella».

En la introducción a su libro, José Cutileiro¹⁰ escribe: «Como yo soy portugués, he nacido en la provincia donde he hecho este trabajo.... para poder observar y describir la vida de algunos de mis compatriotas, he tenido que disfrazarme de antropólogo educado en Oxford». Sin embargo, otro antropólogo portugués, Joao de Pina-Cabral¹¹ nos dice que en una edición posterior del mismo trabajo aparecida en Portugal, Cutileiro había cambiado de opinión con el argumento de que, si los métodos de la antropología son fiables, no deben depender de la persona que los emplea. El propio Pina-Cabral confiesa en relación con su propio caso que, aunque él es portugués por nacimiento y educación, creció en Africa y es anglicano, por lo que: «Cuando empecé a prepararme para hacer trabajo de campo, el catolicismo radical del Portugal de provincias representaba una experiencia para mí en gran medida novedosa», y continúa diciendo «Tardé tres meses en ser aceptado... fueron tres meses muy difíciles. Sólo al cabo del tiempo me di cuenta de la existencia de un problema que no había calculado y resultó extremadamente difícil de vencer. Se trata del descubrimiento progresivo de mi identidad como miembro de la élite urbana. Esto me dio *status* y un tipo de poder informal: privilegios que no deseaba en modo alguno, sobre todo cuando fui descubriendo que constituían un obstáculo en mis relaciones con los campesinos. Durante todo el tiempo que duró mi trabajo de campo tuve que luchar con las expectativas y prejuicios, tanto de los burgeses como de los campesinos, puesto que ambos grupos me atribuían creencias, costumbres y actitudes que en la mayoría de los casos no com-

⁸ En su libro *Educación intercultural*, Eudema 1993.

⁹ En la ponencia «Transparencies and Opacities» presentada en Washington en 1993.

¹⁰ En la introducción de su libro *Portuguese Rural Society*, Oxford 1971.

¹¹ En la introducción de su libro *Sons of Adam, Daughters of Eve*, Oxford 1986.

partía». Sin embargo, Pina Cabral concluye diciendo «Creo que mi percepción de la lucha (entre la burguesía y el campesinado) fue favorecida por el hecho de ser un portugués nativo, de haber sido extranjero sus expectativas hubiesen sido menores, sobre todo de no haber hablado perfectamente el portugués».

Por su parte, Susan Tax Freeman¹² dice que: «La nacionalidad, en mi parecer, es una categoría demasiado basta para tener significado en nuestro trabajo: el enfoque debe ser dirigido más bien a cuestiones de un nivel individual y personal —formación personal, formación antropológica—, y la experiencia que trae cada individuo a cada trabajo de campo.... Ser o no ser oficialmente extranjero no crea en sí ni distancia ni intimidad. No hay nada automático en estos asuntos... Claro está que no hacía falta ser extranjero para ignorar grandes áreas del modo de vida de un país». Sus comentarios traen a la memoria los de Julio Caro Baroja en el sentido de que la mitad de las tonterías que se han dicho sobre España las habían escrito españoles y la otra mitad extranjeros.

Freeman cree que no ser española resultó una ayuda positiva en su investigación entre los pasiegos de Cantabria. Dice: «Mientras se sabía en el centro que yo era americana, la mayor parte de los habitantes de los barrios me tomaron por española. Forastera, sí, pero española. Me di cuenta de las dificultades que encontraría un antropólogo español en esta situación. Los pasiegos han sido objeto de mucha especulación y de prejuicios sociales. Suponían, por tanto, que yo compartiría con los demás españoles estos prejuicios y que juzgaba negativamente al pueblo. Sin remedio y, en principio inconsciente de mi situación, mi comunicación con gran parte de la población ganadera fue afectada y limitada por el concepto que tenían de mi. Pude combatir estos conceptos solamente cuando los pude reconocer... Me costó meses reconocer la dimensión del problema, y entonces me costó tiempo y esfuerzo difundir la noticia de mi nacionalidad y de mi simpatía por el pueblo. La simpatía es una cosa que se prueba con tiempo y

¹² En su artículo «Aproximación a la distancia: el juego entre intimidad y extrañeza en el estudio cultural» presentado en Santander en el simposio *Los españoles vistos por los antropólogos* y publicado por Júcar en 1991.

con acciones, y viene lentamente. Un español hubiera tenido una lucha bastante mayor que la mía para ganar su confianza y su simpatía, pues no podría haber negado su identidad nacional».

José Luis García¹³ dice: «Hace quince años comencé mi trabajo de campo en un concejo del occidente de Asturias, del que, a pesar de ser asturiano, no había oído hablar hasta un año antes de elegirlo como área de estudio. No solamente el habla de esta zona asturiana, el gallego, sino también la forma de realizar las tareas a las que la gente se dedica, la manera de organizarse socialmente y un buen cúmulo de valores y formas de pensar, diferían notablemente de las que yo había vivido en otro concejo asturiano de la zona centro. Incluso tengo que confesar que algunas de las conductas y razones de los lugareños me resultaron tan extrañas que bien podría hablar de lo que los antropólogos recomiendan a sus alumnos como experiencia de iniciación en nuestra disciplina: el *shock*. Lo curioso es que yo experimenté este *shock* cultural en mi propia tierra».

Por todo lo tanto, parece que podemos concluir que la cuestión de ser o no «nativo», como la de ser hombre o mujer, joven o viejo, casado o soltero, con hijos o sin ellos, experimentado o inexperto, etc., etc... puede tener ventajas y desventajas para desarrollar el trabajo de investigación, por lo que opinamos que lo deseable sería fomentar trabajos susceptibles de resultar complementarios. Así, al fin y al cabo, parece que —por lo menos de vez en cuando y prescindiendo de los estereotipos al máximo aunque sin renunciar a nuestro «sentido de la aventura»— nos necesitamos mutuamente.

¹³ En otra ponencia presentada en el Simposio de Santander de 1989, titulado *¿Qué tienen que ver los españoles con lo que los antropólogos saben de ellos?* y publicado por Júcar en 1991.